

POSICION DEL GOBIERNO DE NICARAGUA

“Esta es nuestra Patria y estamos aquí para siempre. Nuestros hijos habrán de continuar mañana lo que nosotros construyamos con nuestro esfuerzo y con nuestro sacrificio”.

RENE SCHICK GUTIERREZ
Presidente de la República

Para un gobernante preocupado por el bienestar de su pueblo, es un deber, antes que un privilegio, concurrir a todo evento en el que se consideren, con seriedad y altura de miras, asuntos que por su importancia y trascendencia, puedan influir en el destino de su Patria.

Por esto, agradezco la invitación que se me ha hecho para inaugurar este Seminario Nacional sobre la Integración Económica Centroamericana, que bajo los auspicios de la Universidad Nacional de Nicaragua, reúne por primera vez a economistas y a representantes de la banca, de la industria y el comercio, para analizar objetivamente la compleja problemática que suscita la coordinación de las economías del área y para evaluar sus repercusiones en la vida de la nación.

Política permanente de Nicaragua ha sido apoyar toda iniciativa que tienda a la realización de la Unión Centroamericana. En paz o en guerra, no hay episodio importante en la historia del Istmo, en que no hayamos demostrado nuestra honda convicción unionista. Consecuentes con esta noble tradición, brindamos nuestro inmediato respaldo a los proyectos iniciales conducentes a la unificación económica de la región, que culminaron, después de casi una década de estudios y esfuerzos, con el Tratado General de Integración Económica Centroamericana, suscrito en Managua, en Diciembre de 1960.

En menos de un lustro, el proceso integracionista ha provocado una verdadera revolución pacífica en este sector del continente, a tono con los más genuinos postulados de la Alianza para el Progreso. El intercambio de bienes agropecuarios e industriales, que fluyen caudalosamente a través de nuestras fronteras, la afluencia de recursos exter-

nos y la concentración de capitales nacionales, están transformando nuestras viejas estructuras económicas y presentando problemas nuevos a nuestra producción y a nuestro comercio.

De esta manera, la firme voluntad de unión centroamericana que anima a nuestros pueblos, se plasma en el plano material de la economía, como prolegómeno necesario para el establecimiento de esa comunidad política del Istmo, que fue el sueño y aspiración de nuestros próceres y debe ser objeto final de las generaciones venideras.

Positivos beneficios esperamos de esta interrelación de nuestras economías para el mejoramiento de las condiciones de existencia de las grandes mayorías. Porque la formación de más amplios mercados de consumo favorece la instalación de modernas y vigorosas industrias, que multiplican las oportunidades de trabajo, aumentan el poder adquisitivo de las masas laboriosas y acrecientan las fuentes de riqueza.

Con fundamento en estos propósitos e ideales, los dirigentes responsables de la política económica de la Nación, han impulsado, con visión patriótica, los programas integracionistas, sin reparar en el sacrificio de ventajas circunstanciales, pensando tan sólo en los intereses permanentes de la colectividad nicaragüense.

Estamos firmemente convencidos de que únicamente podremos conquistar nuestra propia grandeza en unión y alianza con nuestros hermanos de Centroamérica. Vivimos en la era de los grandes bloques económicos y de las entidades multinacionales. Aislados, corremos el riesgo de perecer o de quedar al margen del progreso.

Este es el gran desafío de nuestro tiempo. Y para enfrentarlo con éxito debemos empeñarnos en superar nuestras deficiencias, antes que en volver a un estéril proteccionismo nacionalista. Ahora nos queda un solo y radical deber: poner a Nicaragua en situación de igualdad o ventaja en el Mercado Común Centroamericano. Tenemos, por tanto, que modernizar nuestra industria y nuestra agricultura; elevar la calidad y el volumen de nuestra producción; convertir, en definitiva, a nuestra patria en una nación dinámica y progresista.

Esto significa que debemos cambiar fundamentalmente la mentalidad nicaragüense. Abandonando viejas preocupaciones y prejuicios, hemos de aprender a conducirnos en un mundo económico cambiante y contradictorio. Necesitamos prepararnos en todos los niveles, formar nuevas promociones de dirigentes y empresarios, capaces de concebir, planear y realizar los programas de desarrollo que nuestro país demanda con urgencia inaplazable.

Como en muchas ocasiones he subrayado, es imperativo que un nuevo espíritu anime a nuestros capitalistas. No se trata sólo de la función social del capital, que debe orientarlo a promover la riqueza común; sino más bien de un cambio más profundo. Nicaragua requiere empresarios que se sientan entrañablemente unidos a su tierra, que planeen sus factorías y sus establecimientos agrícolas con visión del futuro y afán renovador, alertas a las nuevas exigencias de la economía y del progreso técnico. Esta es nuestra Patria y estamos aquí para siempre. Nuestros hijos habrán de continuar mañana lo que nosotros construyamos hoy con nuestro esfuerzo y con nuestro sacrificio. Es la lección que nos enseñan los países más adelantados que, con método y perseverancia, han ido forjando a través de las generaciones su poderío material y espiritual.

Esta es, a mi juicio, la meta que debemos conquistar. Sin ánimo avasallador ni ambición monopolista, debemos ir alcanzando nuestro desarrollo sin desmedro de los otros pueblos centroamericanos. Un espíritu de cooperación antes que de rivalidad debe guiarnos en el campo de la Integración Económica. Y si hemos de destacarnos, que sea porque somos los mejores, porque sepamos aprovechar los recursos que la Providencia puso en nuestras manos, porque pongamos nuestra inteligencia al servicio del engrandecimiento colectivo.

Con satisfacción, declaro que mi Gobierno cumple con la tarea que le corresponde en este momento decisivo de nuestra historia. Construye y moderniza carreteras, ferrocarriles, puertos y aeródromos. Perfeccio-

na la educación y ofrece nuevas perspectivas profesionales a la juventud. Emprende vastas obras de infraestructura, tales como la electrificación y la irrigación. Concede cada vez más liberales condiciones de crédito a las actividades básicas. Favorece la instalación de nuevas industrias, con generosos incentivos fiscales, que significan una reducción apreciable en los ingresos regulares del Estado. Todo esto, en fin, gracias a una sana administración y a un honesto y exigente manejo de los fondos públicos.

A esta labor del Gobierno debe responder el sector privado, con un renovado impulso que nos libere, en el más breve tiempo posible, de las carencias del subdesarrollo. Quienes tienen a su cargo la responsabilidad de las empresas, están obligados, hoy más que nunca, a conocer la complicada articulación de los instrumentos que norman la integración centroamericana, a analizarlos e interpretarlos, en todos sus aspectos para poder derivar el máximo de ventajas que ellos puedan ofrecer a nuestro progreso económico y social.

Por estas razones, considero digna de aplauso la feliz iniciativa de la Universidad Nacional de Nicaragua, que, con la valiosa y entusiasta colaboración del Instituto Nicaragüense de Desarrollo y de la Cámara Nacional de Comercio de Managua, ha convocado a economistas y empresarios para estudiar en conjunto los alcances y proyecciones del Mercado Común Centroamericano.

El hecho mismo de que la dirección de este importante conclave esté a cargo de nuestra Facultad de Ciencias Económicas, es índice relevante del rigor científico con que serán tratados los diversos asuntos del temario y del criterio técnico que prevalecerá en las deliberaciones, lo que, en síntesis, responde a esa nueva mentalidad que nosotros deseamos se imponga en Nicaragua.

Me complace sobremanera la participación de prominentes expertos de los otros países del área centroamericana, que con su inestimable concurso contribuyen a dar mayor jerarquía a este Seminario. Su sola presencia en nuestra Patria, simboliza el supremo anhelo de todos quienes alentamos en nuestros corazones el noble ideal de una Centroamérica fuerte y respetada, solidaria en la paz, en la justicia y en la libertad.

Al declarar solemnemente inaugurado este Primer Seminario sobre la Integración Económica Centroamericana, felicito efusivamente a sus organizadores y participantes, formulo mis votos porque el mejor de los éxitos corone sus patrióticos afanes, y me congratulo de que nuestra Universidad, una vez más, asuma la misión que le corresponde de orientar y promover la cultura nacional.